

CRISTINA PRIETO SOLANO



NOVIATAS DE



CORAZÓN



NOVATAS ♡ DE
♡♡ CORAZÓN

1.ª edición: marzo de 2025

© Del texto: Cristina Prieto Solano, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz
Editora: Marta Álvarez
Asistente editorial: Mercedes González Grande
Diseño de cubierta: Sara Lozoya

ISBN: 978-84-19831-32-3
Depósito legal: M-26860-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CRISTINA PRIETO SOLANO

NOVIATAS ♡ DE
♡ ♡ CORAZÓN

FANDOM BOOKS

*Este se lo dedico a mi editora, Marta,
por creer tanto en estas tres chicas
(y tener los mismos crushes que ellas y que yo)
y por hacerme creer aún más en mi propia historia.*

*Y también a ti,
que alguna vez has pensado que eras
demasiado habladora, demasiado entusiasta
o que ocupabas demasiado espacio.
Eres exactamente como el mundo te necesita.*

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE CONVIVENCIA DEL COLEGIO MAYOR ÁLVARO DE BAZÁN

El colegio mayor universitario se muestra ante todo como una comunidad, un vínculo entre colegiales que comparten unos objetivos formativos y de convivencia, así como unos valores comunes.

A esta institución se accede de manera voluntaria, por lo que al hacerlo se entiende que se comparten dichos valores. La adhesión debe ser firme y comprometida, sin dar lugar a flaquezas y a comportamientos morales reprobables.

El cumplimiento de este reglamento es, por tanto, imprescindible para pertenecer a esta noble institución. Cualquier falta será tratada con la necesaria gravedad (...).

Artículo 5: Deberes de los colegiales

- Integrarse y participar activamente en las actividades del colegio mayor.
- Respetar y adherirse a las normas de convivencia.
- Mantener un comportamiento correcto (...).

Artículo 6: Prohibiciones que serán motivo de sanción

- Alcohol o drogas: No está permitido fumar ni estar en posesión de alcohol o drogas en las instalaciones del colegio mayor.
- Novatadas: Esta institución condena de manera estricta la vejación, molestia o acoso a cualquier colegial de nuevo ingreso.
- Habitaciones del sexo contrario: Está terminantemente prohibido encontrarse en pasillos y/o habitaciones pertenecientes al sexo contrario. Esta falta podrá ser motivo de expulsión.

**Bienvenidos y bienvenidas al Colegio Mayor Álvaro de Bazán.
Esperamos que se encuentren a gusto en su nuevo hogar.**



PARTE 1: NOVATAS A BORDO

EN LA QUE TODO COMIENZA

TESA



El Colegio Mayor Álvaro de Bazán es uno de los más famosos de Madrid, pero no por los motivos habituales. Ni por fiestas, ni por desmadre, sino por todo lo contrario: es uno de los pocos Colegios Mayores militares que quedan en pie, y tiene un reglamento extremadamente estricto que mi padre se ha asegurado de que me aprenda de memoria antes de venir.

«Por si alguien te lo pregunta», me dijo cuando quise saber por qué estaba tan empeñado en someterme a esa tortura.

Yo no me imagino a nadie abordándome en el medio del pasillo para preguntarme cuáles son las horas de silencio o si los pantalones cortos son o no apropiados en el comedor, pero lo memoricé.

«Venga, respira. Tú puedes. No da tanto miedo».

No sé a quién pretendo engañar. Estoy tan tensa que podría romperme en cualquier momento.

—¿Señorita...?

Lo que me faltaba. El portero ha salido a por mí. Seguramente esté pensando qué narices hace una chavala ahí plantada sin decidirse a entrar.

—¡Hola! —exclamo, arrastrando la gran maleta, al mismo tiempo que mi propio cuerpo, hacia delante—. ¿Qué tal? Me llamo Teresa Ortiz, encantada de conocerle.

—¿Es su primer día?

Carraspeo, llegando al primer escalón, y el señor, que me parece demasiado mayor para seguir trabajando, se acerca dando un par de pasos torpes para agarrar la maleta por debajo y ayudarme.

—Sí, me mudo ahora mismo. —Le dedico una sonrisa mientras la arrastramos hasta el recibidor.

—Bienvenida entonces, señorita Teresa. Espero que sea muy feliz con nosotros. Yo me llamo Adolfo y estoy casi todos los días aquí, en recepción. Déjeme que consulte la lista y llamaré a su mentora para que baje a recibirla.

—No —me apresuro a replicar, nerviosa—. No hace falta que...

Pero ya es tarde, porque al parecer Adolfo es sorprendentemente rápido para lo que quiere y ha agarrado el teléfono con una velocidad que ni un agente especial de la CIA. Trago saliva.

—Está en camino —anuncia con una gran sonrisa.

Asiento y murmuro un agradecimiento no muy convincente. Después me dedico a alisarme el vestido negro en el que me he enfundado esta mañana y a tratar de convencer a mis rizos de que se queden un poco más quietos que de costumbre. No creo que esté funcionando, pero tampoco me da tiempo a mucho, porque, justo entonces, una chica bastante alta y con un apretado moño rubio aparece casi deslizándose por el extenso pasillo.

Parece tan... perfecta. Con todo controlado. Como me encantaría ser a mí.

—Teresa, ¿no? Yo soy Blanca. Es un placer conocerte, y bienvenida al colegio mayor.

«Entras en la universidad y vuelves al colegio».

Me he quedado bastante fascinada por ella así que tardo un poco en contestar y en estrechar la mano que me tiende.

—Eh... sí. Pero llámame Tesa. Todo el mundo me llama Tesa —añado, al notar que frunce el ceño.

—Está bien. Pues bienvenida, Tesa. Yo soy tu mentora. A todos los novatos os asignan a un veterano en los primeros meses para que os sirva de guía.

Vuelve a sonreír y se da la vuelta con soltura para andar en dirección contraria a por la que ha venido. Deduzco que tengo que seguirla, así que tiro de la maleta para intentar no quedarme atrás, aunque entre el tamaño del equipaje y que ella tiene las piernas mucho más largas que yo, resulta un poco complicado. No obstante, la chica no parece darse cuenta, porque comienza a hablar con voz distraída:

—Ya te habrán enviado el reglamento a casa y espero que hayas tenido tiempo de leerlo. Este es el comedor. —Señala a un lado—. Tienes que esperar hasta que seáis seis personas para poder ocupar una mesa, así fomentamos que nos conozcamos todos. Ahí hay un salón donde vemos películas a veces, aunque tienes una sala de cine abajo, junto al gimnasio. Perdona que vaya tan rápido, pero es que no puedo quedarme mucho contigo. De todas formas, aún nos queda mucho tiempo juntas, no te preocupes. El año pasado me eligieron vicedecana del colegio mayor, así que no te puedes quejar de mentora...

Estoy a punto de preguntar a qué se refiere con eso de “vicedecana” (porque suena a trabajo y ella tiene toda la pinta de estar estudiando todavía) cuando pulsa el botón del ascensor y, ahora sí, se gira para mirarme con los brazos en jarras. Entonces, las palabras se me vuelven a meter para adentro y decido que es un tema para otro día. De alguna manera he conseguido arrastrar la maleta hasta aquí conservando un mínimo de dignidad, aunque tengo que hacer grandes esfuerzos por no resollar del cansancio. Controlo la respiración y pongo la espalda recta. Creo que está esperando una respuesta por mi parte, así que carraspeo y digo:

—Genial, gracias. —Le sonrío, aunque débilmente.

Sí que estoy cansada, madre mía.

El ascensor llega con un pitido y nos metemos en él. Esta vez, Blanca me ayuda con la maleta y se lo agradezco efusivamente.

—El colegio mayor tiene tres plantas. La primera es exclusivamente para chicos, la segunda tiene dos pasillos, el de la izquierda es para chicas y el de la derecha, para chicos. El tercer

piso es todo para chicas. Tu habitación, la doscientos veinticuatro, está en el segundo piso. La mía es la doscientos veintiuno, la de al lado de la puerta.

Sus ojos claros expresan tal tranquilidad y determinación que hasta la envidio por un minuto. Por eso y por el moño, claro. Ojalá supiera hacerme un moño así. Aunque con mis rizos, imposible.

Llegamos a la segunda planta y veo que, efectivamente, hay dos puertas que separan los pasillos, uno a cada lado. Blanca empuja la del pasillo de chicas con el hombro y nos detenemos frente a la cuarta puerta de la parte izquierda.

—¿Tienes la tarjeta que te enviaron a casa?

Asiento con energía y la saco del bolsillo del vestido negro. Es una tarjeta azul, con mi fotografía (de carnet, así que horrible) en un lateral y el número de mi habitación en negro, bien grande en el medio.

—Bien. Pásala por aquí.

Obedezco. La luz del pomo se pone verde y entramos a mi habitación. Es sencilla: una cama individual justo en la entrada, una mesa de estudio con una silla que más bien parece un butacón, un armario al lado de una estantería que cubre toda la pared y a la derecha, un pequeño balcón y una puertecita de madera.

Blanca se adelanta para abrirla y mostrarme que es un pequeño lavabo individual.

—Las duchas y los retretes son comunes a cada pasillo y están al fondo, no tienen pérdida —me indica, con calma—. Te dejo que te pongas cómoda, más tarde vendré a verte, ¿vale?

Blanca me rodea para marcharse, pero de pronto se agarra al marco de la puerta y se gira de nuevo hacia mí.

—Ah, y una última cosa, novata... Eres consciente de que aquí hay una regla más importante que las demás, ¿no? Una regla que nos distingue bastante de los otros colegios mayores de la zona y que a menudo cuesta un poco asimilar.

Asiento de nuevo con seriedad, porque sé a lo que se refiere.

Esa norma tan anticuada y por la que es famoso el Colegio Mayor Álvaro de Bazán.

Ella la enuncia como si se tratara de algo que se ve obligada a repetir a menudo:

—«No se permiten chicos en pasillos ni dormitorios de chicas, y viceversa». Grábatela a fuego, Tesa, porque el resto de normas pueden pasarse por alto, pero esa... Es la más tentadora y a la vez, la más divertida de perseguir. Así que ten muchísimo cuidado. Resulta bastante más fácil de lo que crees acabar con la reputación por los suelos... o expulsada, incluso.

Cuando cierra la puerta a su espalda, me doy cuenta de que tengo la boca seca.

CAROLINA



Odio este sitio. Ya me cae mal la mayoría de la gente, y eso que apenas he cruzado unas cuantas palabras con dos o tres. Pero es que les veo el rollo que llevan, y no me mola nada.

No me gusta el cuarto, que es ridículamente pequeño y que tiene el cuadro de la Virgen María pegado a la puñetera pared. Y me he dado cuenta de esto último intentando quitarlo, claro. Pega-do, he dicho. Tendré que cubrirlo con algo, aunque las reglas indican de forma específica que eso está prohibido. Pero me da igual. Me arriesgaré.

Con un poco de suerte me expulsarán y no tendré que vivir en este sitio ni un día más.

Parece probable, de todas formas. Entre la enorme lista de normas y el tablón que preside el pasillo principal, con el letrero «FALTAS» impreso en la parte superior en un tamaño de letra que roza lo anticonstitucional, me da que lo raro sería que consiguiera quedarme más de unos meses. Tengo una prima que estuvo aquí un par de años y me ha contado cada cosa... No quiero ni pararme a pensarlo, porque me pondré incluso peor.

He escuchado a otra chica llegar y a una veterana advertirle de manera sombría sobre la regla más absurda del universo. Supongo que mi resoplido se habrá oído hasta en China. A estas alturas del siglo XXI, en un colegio mayor mixto, que lo que más les preocupe sea que chicos y chicas no compartamos el mismo

espacio por si... yo qué sé, hacemos algo que podríamos hacer en cualquier otro sitio si nos empeñamos...

«Idos a un portal antes que mancillar estas paredes», pienso irónicamente, echando un vistazo de reojo a la Virgen y sintiéndome observada.

Tengo que repetirme una y otra vez que esto lo hago por mi sueño. Porque en Madrid está la mejor facultad de Ingeniería Aeronáutica y este colegio mayor es el único que pueden permitirse mis padres. Al ser militar, está subvencionado y cuesta casi la mitad que cualquier otro colegio mayor de la zona. Los precios de esos me dan pesadillas por las noches.

Tengo que repetírmelo mucho porque solo estar aquí me da urticaria. Pero claro, ¿qué podía esperar de una institución militar? Por suerte, mi padre nunca ha estado demasiado obsesionado con ese mundo, al contrario que sus compañeros de la Armada, que viven por y para él. En mi casa somos los raros.

Respiro hondo, tirada en la cama de ochenta centímetros y alzo la mano para observar mi esmalte negro, que empieza a descascarillarse.

No me apetece deshacer la maleta, porque eso supondría asumir que voy a estar viviendo entre estas paredes, que parecen del siglo pasado, como mínimo nueve meses.

Al final, se me ocurre que lo que necesito es aire, o sino continuaré lamentándome hasta que alguien encuentre mi cadáver tirado en esta cama ridículamente estrecha. Así que me impulso con las manos para levantarme de un salto. Si voy a estar encerrada aquí todo este tiempo, más me vale que aprenda a moverme por el edificio.

Antes de que pueda cerrar la puerta de mi cuarto, la que tengo enfrente se abre, y unos ojos negros se clavan en mí, llenos de curiosidad.

Frunzo el ceño instintivamente, evaluándola como si fuera mi nueva enemiga. Es alta. Tiene el pelo corto a la altura de los hombros teñido de blanco, y una expresión divertida plantada en su cara ovalada.

Lo que me faltaba, tener que interactuar.

SONIA



«Esta tía exuda mala hostia», es lo primero que pienso al encontrarme con esos ojos azules enmarcados por un fino ceño tan fruncido que parece hasta doloroso.

Me dan ganas de sonreír porque me hace muchísima gracia la gente malhumorada. Sobre todo si es tan chiquitita como esta chica, que debe rondar el metro y medio.

—¿Qué miras?

En cuanto escupe la pregunta, yo me echo a reír. No puedo evitarlo.

—Joder, qué mala leche, ¿no?

Mi comentario parece pillarla por sorpresa, como si no estuviese acostumbrada a recibir ese tipo de respuestas, porque se remueve un poco, aún agarrada al pomo de su puerta, y parece sentirse culpable.

—Sí, perdona... mal día.

—*Nah*. —Le quito importancia con un ademán—. Como el de todas. Este sitio... hay que acostumbrarse. ¿También has llegado hoy?

Asiente, y vuelve a fruncir el ceño, como si recordarlo le devolviera el mal humor. Yo vuelvo a sonreír.

—¿Te han dado ya el *tour* aterrador?

—No. Al parecer mi mentora no ha llegado todavía, así que me han dejado en mi cuarto para que me las apañe.

—Ah, pues si quieres te lo hago yo, que lo he sufrido esta mañana. Pero déjame que vaya primero al baño, que me meo mucho.

Una pequeña sonrisa. Pequeñísima, casi imperceptible, como si le doliera sonreír. Se encoge de hombros mientras suelta el pomo de la puerta y se sienta en su cama, que está justo al lado, para esperar.

Creo que ya somos amigas.

El pasillo es bastante largo y nosotras estamos casi al principio, así que es toda una odisea ir al servicio. Los cubículos se cierran con puertas de madera antigua, como todo en el Álvaro de Bazán. Al fin y al cabo, es un edificio que tiene muchos más años que nosotras y que nuestros padres.

Cuando vuelvo, la chica misteriosa y llena de mala leche sigue allí, quieta y perdida en sus propios pensamientos, con los brazos cruzados, como si esa fuese su postura estándar. Se me hace raro que ni siquiera mire el móvil, ¿será una friki de esas que pasa de la tecnología?

Le pega. Tiene todo el aspecto de malota, con el pelo negro y largo y los enormes ojos azules enmarcados con todo el *eyeliner* del mundo. Pero cuando se pone de pie al verme y vuelve a quedar patente su corta estatura, no puedo evitar volver a esbozar una sonrisa. No la conozco, pero ya tengo claro que es muchísimo metido en un frasco muy pequeño. Supongo que todas las cosas buenas vienen así.

Así que le guiño un ojo antes de ponernos en marcha.

—¿Vamos?

TESA



He tardado casi dos horas en dejar el cuarto a mi gusto. Necesitaba sentirlo mío de alguna manera, hacerlo mi casa lo antes posible. Como si pudiese perder la oportunidad si esperase demasiado, y de repente fuera a sentirme todo el año (o los años, quién sabe cuánto tiempo estaré viviendo entre estas cuatro paredes) como una extraña.

Aunque sentirme como una extraña es algo con lo que estoy más que familiarizada, así que supongo que tampoco me chocaría tanto. Al fin y al cabo, uno de los motivos que me ha traído a Madrid es demostrarme a mí misma que puedo encajar, tener una vida... y esas cosas que se esperan de toda chica de dieciocho años.

La ropa ya está distribuida en las estanterías que ocupan toda la pared izquierda y que hacen las veces de ampliación del armario (porque el que hay es solo una portezuela con exactamente siete perchas en su interior), todo doblado y en montoncitos que he tardado un buen rato en organizar. Al final he optado por ser práctica y formar los distintos modelitos que siempre me acabo poniendo.

El ordenador ya está encima del escritorio y en el enorme corcho que lo corona he colgado lo más importante: mi foto con Roberto. Es mi favorita porque él me agarra la cara y me planta un beso en la mejilla y yo... bueno, solo hay que ver mi expresión de

felicidad, porque es lo que siento cuando estoy con él. Solo hace dos días que no le veo y ya le echo dolorosamente de menos.

Es lo normal, supongo. No estamos acostumbrados a no vernos. Durante el año que llevamos saliendo, apenas nos hemos separado. Nos conocimos por unos amigos en común, y empezó a venir a todas las quedadas, todos los fines de semana. En apenas un mes ya se me había declarado y yo no podía negar que sentía exactamente lo mismo.

La historia de amor perfecta... durante el año que los dos vivimos en la misma ciudad.

Que me viniera a estudiar a Madrid no fue una decisión fácil para ninguno. Para mí, porque aunque me apetece un montón vivir cosas nuevas, sé que no voy a llevar nada bien la distancia. Para Roberto, porque le ha activado inseguridades que ni siquiera él sabía que tenía.

«¿Y si conoces a alguien que te guste más que yo?», ha sido la pregunta más repetida, y yo no puedo hacer más que tranquilizarle y asegurarle que eso nunca va a pasar.

Que nadie me hará sentir nunca como me hace sentir él. Que lo nuestro es para siempre.

Que echo de menos sus abrazos, sus sonrisas y sus besos más que nada en este mundo. Tanto que empiezo a preguntarme seriamente si me he equivocado.

Suspiro y me llevo una mano al pecho, agradecida de que no haya nadie para presenciar esta miniescena dramática.

El caso es que entre vaciar maletas y colocarlo todo, se me ha hecho la hora de cenar (en el reglamento dice que empieza a las ocho, y el comedor está abierto hasta las diez) y mi estómago me confirma que debería aprovechar el primer turno. Además, estoy tan histérica con eso de no conocer a nadie que prefiero llegar cuando aún haya poca gente.

Nunca se me ha dado excesivamente bien socializar. Soy de esas a las que coges cariño al cabo de un tiempo, cuando te acostumbra a su presencia. O hablo por los codos o me muero de la

vergüenza por no ser capaz de callarme, así que entiendo que sea difícil quererme al principio.

Lo que peor llevo del colegio mayor es eso: el principio. Supongo que dentro de unos meses ya tendré un grupo de amigos, o al menos un par de ellos, pero el proceso para conseguirlo (perder la vergüenza, interactuar con otra gente y tratar de ser tu mejor versión) me da pánico.

¿Y si digo algo que hace que me pongan la cruz para el resto del curso? ¿Y si no caigo bien a nadie? ¿Y si los otros novatos forman grupitos y a mí me dejan fuera?

Porque esa es mi mayor baza: soy una novata en el colegio mayor y este año hemos entrado veinte. Entonces hay al menos otras diecinueve personas que en principio deberían estar tan perdidas y necesitadas de amigos como yo.

Pero también es mi peor pesadilla: somos novatos, y eso significa... que estamos sujetos a las temibles novatadas.

Sé que hay colegios mayores mejores y peores, y que el Álvaro de Bazán no tiene fama de ser, ni de lejos, el más extremo (se ha escuchado cada cosa...) pero, aun así, soy consciente de que, al menos el primer mes y medio y hasta la fiesta del Novato (momento en el que las novatadas terminan oficialmente y pasas a ser una «persona» en este edificio), me va a tocar aguantar todo lo que pueda.

Tengo más o menos claro dónde están mis límites: no pienso hacer nada que me haga daño, ni que me haga sentir excesivamente incómoda. Y desde luego, nada que traicione mi relación con Roberto.

A partir de ahí...

Me extraña que mi mentora (¿Blanca, era?) no me haya mencionado nada de eso, pero supongo que iba con demasiada prisa.

En fin, tengo que salir de mi cueva, hacer de tripas corazón y bajar a cenar.

Cuando llego, tengo la respiración acelerada (y las escaleras no tienen nada que ver). A mi izquierda queda el comedor, donde

ya hay una especie de cola a la que me uno tratando de aparentar tranquilidad, como si estar ahí sola no me hiciera saltar todas las alarmas mentales y sociales.

Me distraigo observando el salón que tengo a la derecha. Es de un estilo bastante antiguo, con sofás y sillones de cuero, estanterías llenas de libros de esos que seguro que nunca nadie ha leído y una mesa de billar en el medio. Me pregunto si la gente jugará de verdad al billar aquí. A mí siempre me ha parecido aburridísimo.

Mi mirada se posa en dos chicas que charlan cerca de una de las paredes, al fondo. Una de ellas es bastante alta, tiene el pelo corto y teñido de blanco, y la expresión más tranquila que he visto en mi vida, como si pudiera explotar una bomba a su lado sin que se inmutara. La otra tiene el pelo negro y largo recogido en una coleta alta... que es lo único que tiene de alto, porque la del pelo blanco le saca al menos una cabeza.

¿Serán novatas también? No parecen estar ni de lejos tan nerviosas como yo, así que igual no.

Vuelvo a la realidad cuando me doy cuenta de que la cola está avanzando sin mí, y le sonrío a la chica que está delante y que se me ha quedado mirando fijamente.

—¿Novata? —aventura, agachando un poco la cabeza como si compartiéramos un secreto.

Asiento con timidez, y le dedico otra sonrisa mientras el corazón amenaza con salirse del pecho.

«Solo te ha hecho una pregunta, no pasa nada», me digo. «Aún no la has cagado. Ni la vas a cagar».

—¿Es tu primera comida aquí?

Vuelvo a asentir, y ella ladea la cabeza. Nunca sabrá lo muchísimo que agradezco que me ponga una mano tras la espalda y me empuje para cederme su sitio.

—Mira, yo te explico. Tienes que coger una bandeja y un mantelito de papel ahí... y los cubiertos. Eso es —dice mientras voy siguiendo sus indicaciones—. Y luego tienes estas dos opciones de primero, estas dos de segundo... y si no te convence

nada, que es muy probable porque la comida de aquí deja mucho que desear, te montas una ensalada en esa zona de allí.

Lo señala con el dedo pero yo no le presto demasiada atención, porque pocas cosas me gustan menos que una ensalada. No digo nada y mantengo mi sonrisa agradecida y amable.

—Por cierto, soy Bea, encantada. Estoy en segundo año, así que no te preocupes que no te puedo hacer novatadas. Estás a salvo.

El tono bromista con el que lo dice me hace sonreír más ampliamente y atreverme, por fin, a hablar.

—Soy Teresa... pero puedes llamarme Tesa. Es un placer, y muchas gracias por tu ayuda... ¡No sabía que los de segundo año no pudieran hacer novatadas!

—Es una medida de precaución porque se supone que tienes muy recientes las que te hicieron a ti y quieren que se te pase un poco la sed de venganza y poder.

Suelto una risita que suena más nerviosa de lo que pretendía.

—Ya, telita. —Asiente—. También te digo, eso lo podemos hacer aquí porque la gente se queda unos cuantos años. Hay otros colegios mayores en los que casi nadie dura más de dos años, y allí sí que permiten a los de segundo ejercer de veteranos. Pero no te preocupes, al final no es algo tan terrible. Hay novatadas muy divertidas. De hecho... creo que después de cenar os tienen preparado algo. Ya os darán instrucciones.

Trago saliva de la manera más disimulada de la que soy capaz.

Si llego a saber que después de cenar iban a empezar a hacerme novatadas, quizás hubiera tratado de escaquearme de la cena.

SONIA



Durante la cena, nos sentamos juntas y nos presentamos a otros cuatro novatos. Solo recuerdo dos nombres: un tal Edu, que tiene cara de no haber roto un plato en su vida, y el de Carolina, porque cuando se presenta me sorprende al darme cuenta de que aún no se lo había preguntado.

Está todo el mundo muy nervioso con el tema de las novatadas. Se rumorea que después de la cena va a pasar algo, y no sé si los rumores se han esparcido precisamente para que nos sintamos así. Nerviosos. Expectantes.

—Yo me niego a participar —sentencia Carolina, y yo me río.

—Vaya tigresa, queriendo rebelarte contra el sistema desde el primer día.

—¿Y tú piensas pasar por eso sin protestar? —rebate, frunciendo el ceño.

—Ah, yo quiero ver cómo es. Probar no cuesta nada.

—Creo que aquí no se aplica, Sonia. Probar puede costarte muchas cosas. La dignidad, para empezar. ¿Por qué tengo que obedecer órdenes de otra gente, como si fuera su esclava, solo porque llevan más tiempo aquí que yo?

El resto de novatos observan nuestra conversación como si fuera un partido de tenis.

—Al final, la vida es eso, ¿no? Te mandan tus padres, te mandan tus profesores, te mandan tus jefes... y todo porque llegaron antes que tú.

Carolina me evalúa por un segundo antes de contestar:

—Bueno, pero nadie de esa lista puede pretender que me pinte la cara de azul, recite un estúpido discurso cuando les dé la gana o que meta la cabeza en el váter.

—*Touché* —concedo, asintiendo—. Aun así, creo que lo del váter no es una novatada. Es una putada y ya está.

—¿Qué diferencia hay?

Entonces, el tal Edu interviene:

—Las novatadas son para divertirse. Si te piden algo jodido u ofensivo no es una novatada. En plan, lo que salió en los periódicos de peña tirando a otra al mar con los pies en cemento, ¿recordáis eso? Eso *evidentemente* no es una novatada, es peña que está mal de la cabeza. A eso se dice que no, y ya está.

El silencio se hace con la mesa, pero Edu tarda solo unos segundos en apoderarse de él:

—¿Y de dónde sois?

Tiene una de esas sonrisas que enseñan las muelas de atrás, que creo que están reservadas solo para las personas más risueñas del mundo. Una pequeña selección de especímenes creados específicamente para sonreír.

—Yo de Cartagena —respondo.

—De Cádiz —dice Carolina, y sonrío porque es indudable. Ese acento no podría ser de otro sitio.

—A ver, es que aquí somos todos o de Cádiz, o de Cartagena, o de Ferrol —salta una de las chicas cuyo nombre no recuerdo—. Por eso de que es un colegio mayor de la Armada y son los tres puertos militares principales de España...

—Vaya, ya sabemos quién es la listilla de la clase —dice el chico que no es Edu, el típico que parece no poder callarse estos comentarios.

—Que tú no lo supieras no significa que ella sea una listilla —interviene entonces Carolina—. Más bien que igual tú eres el idiota de la clase.

La carcajada general es refrescante, y hasta el aludido se acaba uniendo. Bueno, al menos no parece de esos que se creen con

vía libre para meterse con los demás pero que no soportan que se lo devuelvan. Eso le da un pase, creo.

Carolina intercambia una mirada conmigo y a mí me enternece un poco pensar que ya tengo una amiga aquí.

Veamos si seguimos siendo amigas tras la primera noche de novatadas.

No tengo miedo, como le he dicho, pero sí que tengo curiosidad. Por ver qué se atreven a hacer, cuál es el método... Noto muchos ojos puestos en nuestra mesa, como si los veteranos fueran conscientes de que somos sus presas, de que van a poder jugar con nosotros.

Supongo que los habrá mejores y peores, fue una de las cosas que me contó mi tía de su experiencia. Que algunos se esforzaban para que fuera divertido para todo el mundo, y luego otros que... bueno, intentaban ser ellos los únicos que se divertieran durante ese mes y medio.

Mi mentora me pareció de las primeras cuando me dio el *tour* por el colegio mayor. Se llama María y, por cómo me ha hablado del edificio y sus reglas, no parece estar demasiado conforme con ellas. Aun así, lleva cuatro años en el Álvaro de Bazán (está en último curso de Comunicación Audiovisual, supongo que me la asignaron porque compartimos carrera) y no tiene pensado irse porque... bueno, por el precio. Como casi todo el mundo.

Aunque algo me dice que más gente de la que parece disfruta de las particularidades de este sitio en lugar de odiarlas.

—Vaya, vaya, una remesa fresca de novatos...

La voz ronroneante y grave me saca de mis pensamientos y hace que alce la vista hacia un chico que se encarama sobre nuestra mesa, como un animal salvaje oteando a su víctima. O a sus víctimas, en este caso... seis chavales cuyos corazones se acaban de detener.

—¿Estáis preparados para esta noche?

Nadie le contesta, pero eso no parece extrañarle. No sé si es porque se tiene súper creído lo de ser veterano o por su tamaño,

porque es un tío verdaderamente enorme. Si tuviera que apostar algo solo echándole un vistazo, diría que juega al rugby, en una de esas posiciones en las que hay que ser alto y gigantesco. No me acuerdo cuál era, un chaval de mi clase intentó explicármelo una vez y casi me duermo en su sofá mientras me lo contaba. El deporte siempre me ha parecido algo aburridísimo.

El chico enorme chasca la lengua y sonrío, divertido.

—No os preocupéis, novatillos. Os vamos a cuidar bien.

Y tras eso, se aleja tranquilamente de vuelta a su mesa, algo más allá. En cuanto llega, sus compañeros (otros tíos enormes y musculosos) le palmean y se ríen, mirándonos.

—Me dijeron que a una novata le cambiaron el champú por lejía —comenta una de las chicas en un susurro, como si fuera un secreto—. Y que a un pavo le trasladaron todo su cuarto al pasillo y tuvo que dormir ahí.

—Yo he escuchado que te insultan y te tratan de «usted» para intimidarte —comenta Edu.

—Bueno, yo puedo soportar que me insulten... Pero el resto me da miedo.

La chica se estremece y todos nos la quedamos mirando, pensativos.

TESA



La cena no ha sido tan aterradora como esperaba. Es más, ha sido muy agradable porque la he compartido con Bea y otros colegiales de segundo, así que me he sentido a salvo en todo momento.

Pero la primera noche de novatadas sí que está siendo tal y como aparecía en mis pesadillas.

En cuanto ha terminado el horario de cenas, a las diez, nos han venido a buscar a nuestras habitaciones. Golpeando con los puños y gritando «¡Novatas, las queremos fuera ahora mismo!» con la fuerza de sus pulmones y ni rastro de risa. Algunas parecieron dudar, pero al final todas hemos acabado abriendo.

No es que no estuviera tentada de hacerme la dormida (o la muerta, para el caso) pero me he recordado que quiero hacer amigos. Y si no salgo de mi cueva, es probable que no pase jamás. Está claro que renunciar a las novatadas implica una exclusión social a la que no puedo arriesgarme.

«Una noche, Tesa, y si estás muy incómoda... ya verás qué haces en las siguientes».

Nos ponen a cada una a formar delante de nuestras puertas (muy militar, acorde al sitio donde estamos) y una de las veteranas, acompañada de Blanca (mi mentora), se va acercando a cada una de nosotras con un paquete de toallitas desmaquillantes.

A muchas les hace un destrozo; a mí no, porque yo casi nunca me maquillo. Al llegar a mí, frunció el ceño, pero poco más. No supe deducir si le había fastidiado o complacido.

Luego nos ordenaron, siempre tratándonos de usted y con tono autoritario, que nos dirigiéramos a la puerta del edificio.

Si a alguno de los trabajadores del Álvaro de Bazán les extrañó que de repente los veinte novatos bajáramos las escaleras a la vez, más de uno temblando, no lo pareció. Se les ve muy acostumbrados a las novatadas, y me hace pensar en la moralidad del asunto. Al fin y al cabo, esa gente es la que se supone que tiene que estar cuidando de nosotros, ¿no? Pero hasta nos cruzamos por el pasillo con el director, un militar canoso que está en reserva (que es como la prejubilación de los militares) y este se limitó a dirigirnos un asentimiento de cabeza.

Una vez en el aparcamiento del edificio, un chico enorme da un paso al frente del numeroso grupo de veteranos y Blanca hace lo mismo. Sus expresiones son firmes, serias... aterradoras, la verdad.

Un escalofrío me recorre de punta a punta y trago saliva mientras trato de prestar la máxima atención, algo que suele costarme cuando estoy nerviosa. Es el chico enorme el que toma la palabra primero:

—¡Novatos! Ha empezado su pesadilla. Repasemos las reglas principales. —Pone ambos brazos detrás del cuerpo y se estira aún más, ocupando todo el espacio posible—. Primero, siempre deben tratarnos de usted. Al que se le escape tutearnos, sufrirá las consecuencias. Como ven, nosotros también lo hacemos, así que esperamos lo mismo de su parte. Segundo, siempre deberán recitar la presentación cuando se lo pida un veterano, sin excusas ni excepciones. Si no se la saben todavía... más les vale aprenderse la antes de que les pille cualquiera de nosotros. —Se escuchan risitas—. Y por último, aunque espero que no haga falta repetirlo, siempre deben obedecer todas las órdenes de los veteranos. Estas reglas seguirán vigentes hasta la fiesta del Novato de principios de noviembre. Hasta entonces... lamento comunicarles que son nuestros, sin posibilidad de réplica.

El ambiente se llena de los gritos de los veteranos. Veo puños alzados, escucho risas... y los nervios de mis compañeros se hacen cada vez más latentes. Por el rabillo del ojo, miro a ambos lados. La que más nerviosa parece del grupo es una rubia, que está temblando. Y la que menos, desde luego, esa chica alta y de pelo teñido de blanco, que sigue con una sonrisa tranquila y relajada.

«Ojalá yo fuera así», no puedo evitar pensar.

A su lado, la morena bajita frunce el ceño, como si los veteranos estuvieran a punto de probar su furia, y cuando sigo explorando al grupo, ya con la cabeza totalmente girada hacia mi izquierda, me encuentro con unos ojos azules que me observan.

Doy un respingo al comprobar que me han pillado y luego esbozo una sonrisa amable, de disculpa. El chico me responde con la sonrisa más amplia que he visto jamás. Abro la boca para saludarle, pero antes de que lo consiga, alguien me empuja.

Me giro, asustada, y me encuentro a Blanca tirando de mí para que me mueva junto con el resto del grupo. Debo de haberme perdido las instrucciones por estar empanada observando a todo el mundo. Malditos sean mis nervios.

—Venga, novata. No se quede atrás —me dice Blanca, y no sé si el tono que usa es amable o no.

Es mi mentora, ¿debería cuidarme? Diría que sí, ¿no? Aun así, no me gusta la manera en la que me empuja para que me una al grupo de novatos que se dirige calle arriba, fuera del perímetro del Colegio Mayor Álvaro de Bazán.

Nos hacen ponernos por parejas, cada chica novata con un chico novato. La verdad es que me siento afortunada cuando me toca con el chico sonriente, porque, de entre todos, es el que me da más confianza, aunque apenas hayamos compartido una mirada.

Cuando nos ordenan que nos demos la mano, dudo. Pero, tras un segundo de indecisión, llego a la conclusión de que no es nada grave y de que debo reservar mi energía para batallas más importantes, así que entrelazo los dedos con los suyos. Son cálidos, y

cuando vuelvo a levantar la mirada, me encuentro con que sus ojos también lo son.

—Tranqui, no muerdo. —Y lo dice sin mofa en su voz, solo amabilidad.

«Lo de sus ojos es una locura», pienso, porque es el azul más intenso que he visto nunca.

—Gracias, ya tengo bastante esta noche como para preocuparme de que me muerdan —le respondo con un hilo de voz, casi sorprendida por haberme atrevido a seguirle la broma.

Avanzamos con cuidado para no tropezarnos con el resto de parejas de novatos, que se mueven casi a trompicones delante de nosotros. El chico de ojos azules es un poco más alto que yo y lleva una sudadera granate abrochada hasta mitad del pecho. El pelo castaño y liso le cae ligeramente despeinado hasta parecer hacerle cosquillas en las orejas.

—¿Te dan miedo las novatadas? —pregunta entonces.

—¿A quién no?

—Pues yo diría que a esa de ahí. —Señala con la cabeza a la chica del pelo blanco, que camina como quien va al supermercado y va aferrada a la mano de un novato notablemente más bajito que ella. La otra mano la tiene metida en el bolsillo de los vaqueros y juraría que está silbando.

—Ya, empiezo a pensar que podrían tirarle una bomba a la cabeza y ella seguiría tan tranquila.

—Vaya, hemos comido juntos hoy y no se me ha ocurrido, pero mañana le tiro una a ver qué pasa.

Compartimos una sonrisa divertida.

—Por cierto, soy Edu.

—Tesa. Viene de Teresa, pero...

—Prefieres Tesa. Anotado —me corta y me da un breve apretón en la mano.

Y yo me doy cuenta de que ahora sí que me siento un poquito más en casa. Solo necesitaba una presencia amable y tranquilizadora, supongo.

Igual las novatadas no van a estar tan mal como pensaba.

REGLAMENTO DE CONVIVENCIA DEL COLEGIO MAYOR MILITAR ÁLVARO DE BAZÁN

Artículo 5: Deberes de los colegiales

- Integrarse y participar activamente en las ~~actividades del Colegio Mayor~~: **NOVATADAS**
- Respetar y adherirse a las normas de convivencia.
- Mantener un comportamiento correcto.

¿Entonces no puedo darle una patada en los huevos al ~~profesor~~ de Daniel?

Artículo 6: Prohibiciones que serán motivo de sanción

- Alcohol o drogas: no está permitido fumar o estar en posesión de alcohol o drogas en las instalaciones del Colegio Mayor.
 - Novatadas: esta institución condena de manera estricta la vejación, molestia o acoso a cualquier colegial de nuevo ingreso.
 - Habitaciones del sexo contrario: Está terminantemente prohibido encontrarse en pasillos y/o habitaciones correspondientes al sexo contrario. **ni ganas RETO ACEPTADO**
- Esta falta podrá ser motivo de expulsión.**

*ESO ESPERO...
¿QUÉ NOS QUIEREN HACER?
><*

Bienvenidos y bienvenidas al Colegio Mayor Álvaro de Bazán.
Esperamos que se encuentren a gusto en su nuevo ~~hogar~~

CÁRCEL



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA